

chas personas que ya no los frecuentaban sólo para tomar el desayuno, café y refrescos á diversas horas, sino para leer la Gaceta, ocuparse de novedades y sostener conversaciones sobre las materias que llamaban la pública atención. El Café de Bodegones, por ejemplo, era desde 1820 hasta que desapareció, conocido con el nombre de *Mentidero*; pues era el lugar donde tenían origen todos los embustes ó bolas políticas. También se le llamaba por el pueblo el *Café de los viejos*, por ser tantos los ancianos que á él concurrían, que superaban á la gente moza.

En resumen, los Cafés fueron puntos de tertulia y expansión, y solo después de 1860 empezaron á ser reemplazados por los Clubs. El primer Club que hubo en Lima fué el Club inglés, fundado en 1843 y que tuvo pocos años de existencia. Era concurrido casi sólo por comerciantes europeos, y rarísimo era el aperiuan que en él se veía.

## XLI

### Teatro

El abuso de fumar en él es tan antiguo, como lo era el plaudir exageradamente las comedias ridículas en que se representaban pasajes de religión y aparecían santos y demonios, lances milagrosos é invenciones las más extravagantes. El *Mercurio Peruano* de 13 de Enero de 1791, al censurar aquellas faltas y atribuir las á atraso de la civilización, criticó que los cómicos estudiaban poco, y los apuntadores se desempeñaban mal, é intentó también combatir algunas preocupaciones, especialmente la que se oponía á que cualquiera persona concurriese al patio sin que la clase de su vestido ó su peluca fuesen embarazo para ello. De aquí se infiere que no estaba admitido el que las gentes de distinción tomasen asiento en el patio. En cuanto al cigarro, aconsejaba no lo usasen sino en los entreactos, lo que prueba que fumaban durante el tiempo de la representación. Este mal procede de que en los principios, por poca cultura y falta de prohibición severa, se introdujo y arraigó la costumbre de fumar en el teatro, costumbre que aún no es-

tá completamente estinguida. Se fumaba libremente en las visitas, y como las mujeres decentes también gastaban cigarro, se carecía del apoyo del bello sexo para reprobar un hábito indecoroso que, de otro modo, habrían corregido los hombres, ó mejor dicho, no hubiera tomado tanto cuerpo.

Leyendo la vida del Arzobispo de Lima don Fernando Arias de Ugarte, que escribió su mayordomo y limosnero don Diego Lopez de León, y se imprimió en esta ciudad en 1638, nos llamó la atención leer que este Prelado iba al teatro, y venimos en conocimiento de que los Arzobispos asistían, en lo antiguo, en ciertas ocasiones á estos espectáculos. Arias de Ugarte fué hombre de probada virtud y recogimiento; y así dice el escritor de su vida que "en las fiestas de Corpus, en que era fuerza asistir á las comedias, estaba allí como en un potro." No hemos podido descubrir más acerca del particular, aunque tal vez Lopez de León quiso decir que los Arzobispos concurrían al atrio de la Catedral donde, en Corpus, se representaban autos sacramentales y sainetes.

El primer teatro de Lima estuvo en el ángulo de las calles de San Agustín y Argandoña. Después del gran terremoto de 1746 se edificó el que conocemos por Teatro principal.

## XLII

### Corridas de toros

Casi tan antigua como la fundación de Lima es, en esta ciudad, la lidia de toros. Se efectuaba en la Plaza mayor y plazuela de conventos; después en el campo de Otero; y últimamente, en la denominada plaza firme de Hacho, (hoy Acho). Según unos Hacho era el apellido del propietario del terreno, y según la Academia se llama Hacho todo sitio alejado desde donde se descubre el mar.

La afición de los españoles á este espectáculo se cultivó á medida que se propagaba la buena raza de toros que introdujeron, y conforme fué experimentándose que el clima de esta costa era aparente para conservar el vigor y feroces cualidades de los cornúpetas. El Cabildo destinó para esta

diversión cuatro días en cada año; y desde 1559 se verificaron, la primera corrida el día de la Epifanía ó Pascua de Reyes, la segunda el de San Juan, la tercera el de Santiago y la cuarta el de la Asunción.

La primera corrida que se dió en Lima fué en 1540, Lunes 29 de de Marzo, segundo día de Pascua de Resurrección, para celebrar la consagración de óleos hecha por el obispo fray Vicente Valverde.

Poco á poco se introdujeron mejoras en cuanto al modo de disponer la Plaza mayor para que el concurso se colocase con más comodidad á presenciar esas funciones, y llegó á establecerse el formar en los cuatro lados de aquella muchos cuartos y graderías espaciosas y sólidas, en que se sentase la gente pagando una cuota proporcionada á la distinción ó ventaja del lugar que cada cual elegía. Cerrábanse con barreras y tabladros las ocho bocacalles ó avenidas, colocándose el toril en la de Judíos. En todas estas obras se invertía sin tasa maderas y dinero. Repartíanse diversos trechos de los tabladros y cuartos de la Plaza entre los que negociaban con el alquiler de asientos, quienes cuidaban de construir la parte de que se encargaban con sujeción á las reglas de seguridad y uniformidad que se les daban por el Cabildo ó por los comisarios ó asentistas de las funciones, á los cuales abonaban la suma que habían fijado en sus contratos.

Además de las fiestas ordinarias de toros que se dirigían por empresarios sujetos á contrato con la ciudad, había otras que disponía el Cabildo, en las que sus agentes se entendían para consultar el mayor decoro y lucimiento. Eran estas las que se hacían con ocasión de la jura de Rey, nacimiento de Príncipe, matrimonios reales, entrada en Lima de nuevo Virrey ó Arzobispo, y fundaciones ó acontecimientos plausibles, como lo fueron la beatificación de Santa Rosa y de otros santos. También se hacía funciones extraordinarias de toros que carecían del aparato de aquellas, siendo asimismo inferiores en todo á las de costumbre en cada año, tales como las que costeaban los que recibían el grado de Doctor en la Universidad de San Marcos. Para estas y otras de poca importancia no se empleaban más preparativos que los absolutamente precisos. El lector debe saber que la Plaza mayor de Lima estaba siempre ocupada

con el mercado público de los víveres de primera necesidad; frutas, flores, legumbres etc., y que para las corridas de toros tenía que removerse todo y trasladarse el mercado á las plazuelas de la Inquisición, Santa Ana y otras.

En los primeros tiempos el Virrey, los Oidores y altos funcionarios, concurrían con sus familias á ver los toros á la galería de Cabildo, cuya corporación les hacía servir dulces y colaciones; y en esto, desde el año de 1563, se gastaba en cada tarde una cantidad que salía de la renta de propios.

A la lidia de toros seguían ó precedían en las fiestas reales, las cañas, alcancías y otros juegos de antiguo gusto en la Metrópoli. En estas ocasiones se presentaban en la plaza caballeros principales de Lima que, á su gran ostentación en galas, caballos y pajes, unían la gallardía y destreza con que se desempeñaban en diferentes suertes, y cuando picaban á los toros con rejoncillos. Había también toros y aquellos juegos, cuando se recibía noticia de arribo á Paita de nuevo Virrey: esto fué en los primeros tiempos.

Ya en el siglo XVIII se verificaron las corridas ordinarias de toros en la plaza de Otero. Eran ocho y un encierro, habiéndose mandado por el Rey, en cédula de 6 de Octubre de 1798, que fuesen en día Lunes, á consecuencia de antigua oposición de la autoridad eclesiástica á que se celebrasen en días de precepto, porque, con el alboroto de la lidia de toros, dejaba mucha gente de oír misa. El encierro era una función con que terminaba la temporada, y en la cual no morían los toros que se jugaban. La plaza de Otero se armaba y preparaba anualmente con galerías, cuartos y tabladros.

Cuando ocurrían sucesos notables, las fiestas con que se festejaban no se hacían Abajo del Puente, sino en la Plaza mayor y con todos los antiguos preparativos. Así fué que en ella hubo toros en 1773, con motivo de haber recibido el Virrey don Manuel de Amat la Gran cruz de la orden de San Genaro. También los hubo en 1812, por creación del Regimiento de la Concordia y por el nombramiento de Consejero de Estado hecho en don José Baquijano y Carrillo, conde de Vista Florida. Las últimas corridas de toros que hubo en dicha Plaza principal fueron las de 1816,

con motivo del ingreso al mando del Virrey don Joaquín de la Pezuela.

Los Virreyes y tribunales dejaron de concurrir á ver toros en la galería del Cabildo, desde que se construyeron las que estaban sobre las tiendas conocidas por la "Rivera," en el lado de la Plaza que forma el frente del Palacio. En esas galerías se colocaban el Virrey, al centro de las del lado derecho; á uno y otro costado las familias de Oidores, Contadores mayores, Canciller, Asesor general y otros funcionarios; y en las del lado izquierdo el Intendente, Oficiales reales, Jefes de la Casa de Moneda y Estanco, Tribunales del Consulado y Minería etc.

Para las funciones de toros en la Plaza, la boca-calle de Bodegones la cerraba y armaba el colegio de San Fernando: las de Mercaderes y Mantas, el Tribunal del Consulado y la casa de Expósitos; las de Santo Domingo y Palacio el colegio de San Carlos; y las de Pescadería y Arzobispo, el colegio de Santo Toribio. En la avenida de Judíos estaba el toril, como se ha dicho: el tablado de encima lo construía el Cabildo, y en él tenía su galería el Alcalde que, en cada tarde, hacía de juez y presidía el espectáculo. El otro Alcalde, los Regidores y Asesores, con muchas personas de alta clase de la ciudad, ocupaban la galería propia del Cabildo. Los gastos de cerrar y componer las boca-calles, salían del producto de los asientos de los tablados que se construían; con cuyo ingreso se cubrían las acreencias á que tenía derecho el asentista de la plaza de Otero, ó de la de Acho en tiempo posterior, porque no se hacían en ellas corridas de toros el año en que las había extraordinarias en la Plaza principal.

Se estrenó el circo de Acho en 1768, y allí lidiaron constantemente los toros de la temporada anual ordinaria de ocho Lunes y el encierro, empezando siempre en el mes de Diciembre.

Se permitió repetidas veces jugar toros con el fin de aplicar los productos líquidos de las funciones á obras pias y de beneficencia. Para esto se celebraba previamente un convenio con el dueño ó asentista de la plaza, quien tomaba algunos derechos y el importe de los gastos.

Destruído el hospital de San Lázaro por el terremoto

de 1746, se hicieron por dos años, en los días de Carnaval, dos corridas de toros. Las cuatro produjeron como cincuenta mil pesos libres, que sirvieron para la reedificación de dicha casa. En 1814, para ayudar á la fabricación del convento de San Francisco de Paula, se dió una función en Acho que rindió diezmil pesos. Ya había servido el mismo arbitrio de jugar toros para costear la iglesia del pueblo de Bellavista.

El año 1765, el Virrey don Manuel de Amat asignó por renta al Hospicio de pobres del Cercado mil quinientos pesos anuales de los productos de la plaza de toros, mandando que al empresario de ella se le diesen mil pesos por año, hasta que reembolsase su costo y quedase la plaza para el Hospicio. Estas disposiciones las aprobó el Rey, previniendo (entre otras cosas) no se lidiase toros en la distancia de ocho leguas de Lima, condición que no siempre fué cumplida.

En real orden de 2 de Mayo de 1815 concedió el Rey, á pedimento del asentista de la plaza de Acho, una novena corrida á beneficio del colegio de San Fernando, y podía el Hospicio tomar esta tarde por su cuenta, dando al Colegio milquinientos pesos.

No creemos estará de más dar una ligera idea de las fiestas de toros que, con magnificencia y ostentación, se verificaban en la Plaza mayor con motivo de acontecimientos extraordinarios. Los siguientes apuntes son sacados de la relación impresa de las fiestas reales que hubo en Lima en 1790, con motivo de la coronación de Carlos IV. Se hicieron por el Cabildo tres corridas de toros en los días 11, 15 y 22 de Enero: una por los abastecedores de pan, el 26; otra por los pulperos, el 1º de Febrero; otra por los plateros, el 6; y una el 9 por los indígenas, con encierro por la mañana.

Los alcaldes ordinarios don Juan Francisco Arias de Saavedra y el marqués de Feria con los receptores y oficiales de vara, despejaron la Plaza dando vuelta á ella después de saludar al Virrey. Iban seguidos de doce toreros con capas de terciopelo y tisú, doce arlequines ridículamente vestidos y con variedad de colores, dos conductores de las desjarretaderas, y dos que llevaban el repuesto de garrochas: unos y otros con monteras de terciopelo con láminas de pla-

ta, en las que estaban grabadas las armas del Rey y las de la ciudad. Seguían cuatro mulas, costosamente adornadas, y cuyo destino era arrastrar los vencidos toros y sacarlos del circo. Después se emplearon caballos con este objeto.

Salió luego, por la puerta principal de Palacio, la compañía de alabarderos con su capitán el coronel de milicias don Domingo Ramirez de Arellano, caballero de la orden de Calatrava; se incorporó al despejo, y concluido éste, se colocó en formación debajo de la galería del Virrey.

Empezaron los toros, que fueron muy escogidos, según el empeño del conde de Monteblanco, comisario encargado de la función. Llevaban exquisitas enjaldas, llenas de monedas y planchas de plata, y estrellas en sus testas.

En cada una de las tardes subsiguientes, los toreros estrenaron ricos vestidos, y hubo nuevos objetos de diversión y lujo para hacer variado é interesante el espectáculo. A la mitad de él, se sirvieron al Virrey y corporaciones helados, dulces y confituras, de las que se esparció al pueblo copiosa parte. Era permitido que las tesorerías gastasen ciertas cantidades en estos refrescos, indispensables en tan clásicas fiestas.

En las corridas extraordinarias de toros, en la Plaza mayor, se hacía parecer que se daba permiso para que la lidia principiase; y así cuando acababa el despejo, se dirigía desde el lugar en que el Virrey estaba hasta el toril, un soldado de la guardia de á caballo que cruzaba la Plaza á gran galope con el brazo derecho levantado, manifestando una llave grande de oro con un listón de cinta roja. Era esta la señal que se esperaba para que se abriese el toril y saliese el primer toro. La llave, que se entregaba al Alcalde que hacía de juez, se remitía al paje de servicio de Palacio para que sirviese en la subsiguiente tarde, y pasada la última, se daba de obsequio al Virrey.

A funciones de esta categoría, no solo asistían los Tribunales, la Inquisición, corporaciones y colegios en reunión oficial ó de ceremonia; hasta el Arzobispo y Cabildo eclesiástico se presentaban en los balcones del Palacio arzobispal. Yo ví, en 1816, que los toreros fueron á hacer venia al Prelado, y recibieron su bendición puestos de rodillas. En estas corridas de toros de gran solemnidad, muchas personas

puedientes arrojaban dinero á la Plaza para premiar la pericia de los toreros.

En toda corrida de toros, en la Plaza mayor ó en la de Acho, se publicaba ante todo un bando con formalidad de escribano y pregoneros. Era un decreto del Alcalde, haciendo varias prevenciones para la policía y buen orden de la función, conminando con penas á los que riñesen, se embriegasen, profiriesen palabras desvergonzadas, ó arrojasen cáscaras, vidrios, ú otros desperdicios á la plaza.

Después que hubo plaza firme en Acho, tuvieron principio los llamados despejos militares que servían de prelude al espectáculo, luego que se publicaba el bando. El primer despejo se hizo en 1778, gobernando el Virrey don Manuel Guirior, y no en tiempo de Abascal como afirma D. Ricardo Palma. Una columna de cien infantes salía al redondel con banda de música, y en este acto se retiraba toda la gente que, á pié, se hallaba paseando al rededor del circo. Aquella fuerza, desplegada en batalla, daba frente á la galería del Virrey á quien hacía honores. Después, á toque de caja ó corneta, ejecutaba algunas variadas maniobras que servían de recreo y recomendaban al capitán que las mandaba. Se cuidaba de que estos despejos fuesen originales, y nunca imitación ó repetición de otros. Presentábanse vistosos lances, y se figuraban castillos y ataques con fuegos y granadas, concluyendo siempre por circular la tropa la plaza y subirse á los tablados, al toque de fagina. Los oficiales reunidos hacían entonces un saludo al Virrey, y se retiraban.

Durante la lidia de toros en la Plaza mayor, permanecían, debajo de la galería del Virrey, cuatro ó seis soldados de la guardia de á caballo, los cuales servían de ordenanzas en los casos que ocurrían. En los toros por recibimiento de nuevo Virrey, hacían de capeadores algunos soldados de esa compañía, pero sin el traje militar.

Además de la tropa destinada al despejo, iban piquetes de infantería á hacer servicio en las puertas y tablado, á fin de conservar el orden. En época reciente se introdujo la costumbre de que los cuerpos enviasen cierto número de soldados desarmados á ver toros, y se les franqueaba entrada y asiento gratis.

Las listas de toros que se pregonaban en las calles y ex-